

Serie 2ª — Número 2

30 de Agosto de 1919

# Reproducción

Director:

**Elias Jiménez Rojas**

Apartado 230

**10** Cénts.

Imprenta Hisina

San José, C. R.

## La "LIBRERIA TORMO"

Avenida Central, frente al Banco Mercantil

Admitirá anuncios para las páginas de la cubierta de esta revista, a los precios siguientes:

|                   |    |                      |   |   |
|-------------------|----|----------------------|---|---|
| Página entera.... | .. | ¢ 5-00 por inserción |   |   |
| Media página..... |    | 2-75                 | » | » |
| Cuarto » .....    |    | 1-50                 | » | » |
| Octavo » .....    |    | 1-00                 | » | » |

## IMPRENTA GREÑAS

Calle 4ª S., entre Avenidas 4ª y 6ª

A 125 varas del Parque Central

IMPRESIONES DE TODA CLASE  
ESPECIALIDAD EN TRABAJOS COMERCIALES

## Fábrica de Velas LA POLAR

La que más velas despacha por su buena calidad y la fina atención con que su propietario atiende a su número a clien tela.

Esta fábrica se ha aumentado para combatir la competencia.

Dirección: 100 varas al Sur de la Escuela Mauro Fernández  
Teléfono 126 - Apartado 756

San José, Costa Rica

Cesáreo G. García

GRAN SURTIDO DE PAPELERIA FINA

acaba de recibir

la "LIBRERIA TORMO"

PRECIOS BARATOS

# Reproducción

Serie 2ª, Núm. 2 — 30 de Agosto de 1919

Director:

**Eliás Jiménez Rojas**

San José, Costa Rica,

Apartado 230

## SUMARIO

- 1 *Ejercicio de la ciudadanía.*—EREMITA.
- 2 *La difamación.*—RUY BARBOSA, traducido por Quintiliano.
- 3 *Anacronismo.*—ORESTES FERRARA.
- 4 *Juventud enferma.*—ALFONSO CASTRO.
- 5 *Errores pedagógicos.*—CARLOS VAZ FERREIRA.
- 6 *En paz.*—AMADO NERVO.

Administrador:

**Manuel Gutiérrez González**

La Dolorosa

Imprenta y Librería Alsina

## Ejercicio de la ciudadanía

«La ciudadanía es la esencia y la savia» de las instituciones democráticas representativas.

«La ciudadanía, sin dejar de ver el Poder como un instrumento insustituible para la realización de las ideas, es tan necesaria en la oposición como en el mando; necesaria aun para aquellos que no piensen nunca en gobernar... No hay nada, sin embargo, que esté más olvidado por todos que la preparación del pueblo para el ejercicio de la ciudadanía», dice un gran estadista. «Personas muy respetables, de aventajada posición social, agrega, me han dicho a mí muchas veces con la mayor solemnidad y con dejos de vanagloria: de cosas políticas yo no entiendo, ni quiero entender, ni mezclarme en ellas. Tamaño contrasentido ¿cómo se explica?» Ni en el país del ilustre estadista, ni en el nuestro, ni en parte alguna en donde las instituciones libres estén establecidas, se puede explicar de otro modo que por la ignorancia del sistema, ya que el apartamiento de su ejercicio produce consecuencias que se hacen sentir sobre todos, cuando se apoderan del poder minorías audaces y sin principios que no buscan en su ejercicio un «instrumento insustituible para la realización de las ideas», sino un fin particular: el de hacer fortuna trasegando a manos llenas y a toda prisa los caudales públicos a sus cajas particulares.

«Los más ilustrados no se dan cuenta de que así como un individuo no deja de pertenecer a una familia, él y su familia no pueden dejar de

pertenecer a un pueblo, a una nación, y sin embargo, los que se consideran infamados al verse suplantados en su familia, en su casa, esos se dejan suplantar en el pueblo donde tienen su vida, donde tienen su trabajo, donde tienen las tumbas de sus padres, el porvenir de sus hijos y también la función política de la patria entera, sin la cual ¿qué sería de su pueblo, qué de su familia y de su persona? Calculad lo que pasará al humilde, al menesteroso que, al ser llamado a la vida pública, carece de aquella educación elemental para actuar, realmente, como ciudadano y decidme si es maravilla que, sujeto a toda inclemencia de la adversidad, sea dócil instrumento y presa fácil para la sugestión o la rapacidad de los agitadores más depravados...

«Unos se abstienen de actuaciones políticas porque no confían en la eficacia de su intervención; otros echan la cuenta de que el escote que les llega del daño general pesa mucho menos que el sacrificio, el vejamen y la molestia de intervenir ellos en la cosa pública, y, de puro listos que creen ser, se abstienen; otros honrada y bonachonamente piensan que harto trabajo tienen en su casa con su familia y sus haciendas para irse a ocupar en las cosas de los demás... Todos yerran la cuenta y todos pueden enmendarla con mucha facilidad: con sólo abrir los ojos y ver cómo esas cosas privadas y personales, que ellos quieren anteponer y cuidar, se pierden por entero en un día impensado, por un error político, evitable quizá...»

No parece sino que el gran Maura estuviera leyendo en nuestra historia y diciendo las cosas de nuestro pueblo. Nosotros y nuestros padres dejamos «a los profesionales de la política des-

pacharse a su gusto; hacer las elecciones a su antojo; encarcelar y desterrar a los candidatos; corromper a los electores; hacer caso omiso del querer de los sufragantes; pactar a espaldas de la Constitución y la ley; convertir el Congreso en una covachuela de rúbulas incondicionales servidores de la tiranía y, por último, alzarse ésta, con caracteres nunca vistos antes, y disponer de nuestra vida, de nuestra libertad, de nuestros bienes, de nuestros derechos todos, y comprometer gravemente hasta la existencia de la Nación.

Si hubiéramos ejercido las funciones electorales concienzudamente, virilmente ¿habríamos llegado jamás a los extremos en que nos hallamos? Si con el abandono de nuestros deberes de ciudadanos no hubiéramos perdido hasta la noción del valor civil ¿estaríamos como estamos? ¿Hubiéramos llegado hasta la indignidad de que haya en el país quien ande solicitando, como un favor, ¡mendigando! la mutilación de la soberanía nacional, para librarnos de la dictadura?

«Sólo con la general ciudadanía podemos salvarnos... Hay que conducir el espíritu a amar y sentir como propio, como incorporado a la propia persona, a la propia familia, a la propia vida todo cuanto atañe a la comunidad. La patria... es abstracta y no tiene más que una realidad: la suma de las abnegaciones de sus hijos; la patria no vive sino de amores de sus hijos. Y ¿dónde está la patria sino en el corazón de los ciudadanos?»

Pero el ejercicio de los deberes de ciudadano no acaba con el depósito del voto en las urnas de votación. Hay el deber de vigilar el recuento de los votos en ellas consignados y el escrutinio

final para discernir los cargos. Hay que mantener luego—y siempre—la mirada fija en la actuación de los poderes públicos, para discutir sus actos de dudosa constitucionalidad, de dudosa justicia, de dudosa conveniencia pública, o para atacarlos resueltamente y oponerles la resistencia pasiva ordenada por la razón y reconocida como un derecho hasta por las leyes emanadas de la voluntad de los reyes absolutos de la monarquía española. Pero todavía no acaban aquí los deberes del ciudadano en relación con los elegidos para ejercer los cargos públicos. Porque si éstos juran obedecer, aplicar y defender la Constitución y las leyes y faltan a su juramento poniendo su voluntad arbitraria por encima de las instituciones del país, el pueblo tiene el deber de levantarse como un solo hombre, agarrarlos, arrastrarlos al banco de los acusados y aplicarles la pena merecida por su deslealtad y traición.

Y no venga nadie a decirnos que estamos predicando principios contrarios a la existencia del orden social, porque es deber de los ciudadanos amparar y mantener las instituciones patrias contra los atentados de los que mandan, como es el de éstos mantenerlas y ampararlas contra los atentados de la demagogía.

»Nadie desconoce que entre nosotros hay mucho patriotismo; pero necesita el patriotismo ser educado, y no lo está. Para muchos el patriotismo es un movimiento pasional, esporádico y efervescente, que en días solemnes rompe a manotear, en exaltación descompasada, exagerando nuestros heroísmos y nuestra fuerza... Ese no es el verdadero patriotismo, aunque nazca de la misma raíz santa; ese no salva ni aun sirve a la patria. El patriotismo se asemeja a la religión;

no tienen vivo el amor de Dios quienes creen que con dedicarle media hora cada domingo han cumplido y vuélvenle la espalda el resto de la semana; ha de perdurar en todas las horas de la vida, en todos los actos, en todos los pensamientos, en todos los trances, venturosos o adversos. De igual manera no hay un solo instante en que el ciudadano pueda olvidar ni dejar de servir a la patria, callada y sencillamente las más de las veces.

«Necesitan educación cívica en igual medida los hombres y las mujeres, porque tiene la mujer intervención necesaria y legítima en la vida pública, tanta como el varón, y la mano materna es la única que puede depositar y fecundar en el corazón la simiente del patriotismo. Pero la educación cívica difiere de la educación elemental en que muchos, muchísimos sujetos mueren sin haber hallado ocasión para aplicar ni recordar siquiera cosas que oyeron en la escuela; mientras que la vida ciudadana es para todos ineludible y constante. Por esto la educación cívica no consiste tan sólo en una iniciación de la primera edad; deben proseguirla el ejemplo y la sanción social, de manera que no acaba nunca, no debiera acabar nunca, como tampoco cesa el estrago de olvidarla. El ejemplo digo; porque en efecto, las abnegaciones individuales, los actos patrióticos bien inspirados, justamente dirigidos, además del inmediato provecho, son simiente y estímulo que en los ciudadanos influyen, aunque sea indeliberada o inadvertida su eficacia. De ésta no dudaráis si la medís por el otro ejemplo que se llama escándalo. Ejemplo y escándalo son dos radiaciones paralelas. Cuando los pueblos ven que el afán de dominación lo allana todo, lo señorea todo, lo trastorna todo; cuando ven que, a título



de espíritu de partido y de interés de partido, se sacrifica la justicia; cuando ven que la autoridad claudica, y tal vez atropella su propio respeto, y caen honores donde falta honorabilidad, y asoman la rapacidad y la incuria, y la ligereza en prometer porfía con la desvergüenza en no cumplir, y la mentira está explotada, como una heredad cualquiera, sistemáticamente, entonces se consume el mayor daño de la causa pública, porque se truecan en desvíos y egoísmos generales los amores y las abnegaciones, sin los cuales no puede la patria sustentarse».

¿Hay en nuestro país uno solo que no haya visto la realización de los cuadros descritos por el insigne español en los elementos de sus discursos que nos han servido para nutrir este escrito? ¿Hay un solo individuo que no reconozca que la falta de educación cívica, que la falta del ejercicio de los deberes del ciudadano, que los malos ejemplos, que los escándalos de las oligarquías dominantes nos han traído a la postración moral en que agonizamos, y han trocado «en desvíos y egoísmos generales los amores y abnegaciones, sin los cuales no puede la patria sustentarse?»

Y si esto es así, y no puede ser de otro modo, a menos de ceguera voluntaria, el remedio de los males que padecemos está en nosotros mismos. Ejercitemos nuestros deberes de ciudadanos. Alcemos una bandera de principios, una bandera de principios sincera y claramente expuestos a la consideración de los pueblos en hojas públicas que lleven al frente nombres respetables y respetados, e invitémoslos a concurrir a las urnas olvidados de esas enseñas de perdición, azules, o verdes, o rojas, para no seguir sino tras los colores de la bandera de la patria.

Y cuando con el querer de la voluntad nacional, genuinamente expresada, se erijan esos principios en fórmulas precisas de gobierno, cuidemos de no desvirtuarlas, de no falsearlas, de no desacreditarlas, porque si tal hiciéramos, no habríamos hecho otra cosa que contribuir a aumentar el egoísmo de todos y a hacer irreparables los males de la patria: que fueron siempre mayores los daños de la hipocresía y la mentira que los de la más descarada tiranía.

EREMITA

---

## La difamación

Ahora, cuando el legislador brasileño tiene miedo a las malas lenguas de la prensa y se ocupa en preservar de ellas nuestra pureza administrativa, es la ocasión de preguntarnos lo que en realidad vale esa trompeta de la injusticia—la difamación—en boca de los periodistas.

Hubo un tiempo en que la difamación fué en efecto una potencia. Fué antes de que el descubrimiento de Gutenberg llegase a ser lo que hoy es, el sol en el horizonte de la conciencia humana. Gracias a la ubicuidad de esta luz, cesaron las influencias impalpables y terribles de la mentira. La prensa, multiplicada hasta lo infinito, por el periódico y el diario, ha arrancado a los malhechores de la palabra su antigua tiranía y librado de ella a la inocencia y la virtud.

Bastaría para apreciar lo que fué esa tenebrosa dominación, entresacar de la historia una página—la página de la malignidad por excelencia—la

vida del ARETINO, a quien podría apedillarse, en la acepción griega de la palabra, *Diabolos*, el calumniador por antonomasia. El nombre de este reitre del talento da la medida del descenso moral de la Italia del Renacimiento, y nos enseña las monstruosas proporciones asumidas por la soberanía del mal en las épocas en que un salteador literario podía hacer pesar sobre la sociedad aterrada, el monopolio de la pluma.

La suerte, en la inverosimilitud de sus sorpresas, no podría engendrar un prodigio comparable a la carrera de este personaje.

Hijo de cortesano, criminal y fugitivo antes de los trece años, se concierta como criado de un mercader, sirve a un Cardenal, explota su servidumbre en casa del futuro Clemente VII, viste la cogulla del capuchino en Rávena, y seducido luego por la atracción de la corte de hombres de letras, histriones y aventureros que rodea a León X, cuelga los hábitos, corre a Roma y reviste la librea del Vaticano. En la catástrofe de la Iglesia y la de Italia se exhibe tal cual es. El saqueo de Roma, el cautiverio del Papa, la agonía de la cristiandad de Occidente, la profanación de la Ciudad Eterna regocijan el alma de nuestro bandido. Las calamidades de la patria no son para él sino pretextos para satisfacer su hambre de insulto y de *chantage*. Después, habiendo recorrido ya todos los grados de la mendicidad y el libertinaje, va a Venecia, donde se habla y escribe con libertad, y radica allí el refugio de la bajeza de sus inclinaciones y de las victorias de su cinismo.

Desde allí, mendiga, este sicario del libelo, los favores del mundo, y tiende su escudilla a la Italia entera, a los cristianos, a los infieles, al Gran Turco, a Clemente VII, a Pablo III, a

Julio III, a la púrpura de los cardenales, a la corona de los príncipes, a la reja de los banqueros, a Carlos V, a Francisco I, al Condestable de Montmorency, al rey de Inglaterra, a los artistas, a Solimán, a Barbaroja. Con el erotismo de sus sonetos emborracha a los libertinos; con el veneno de sus epigramas intimida a los irresolutos; bajo el cieno de sus calumnias ahoga a los que se le oponen. Nadie osa resistirle ya. Desde la inmundidad de su trono de pordiosero, en el fondo del Adriático, domina la Italia entera. «Con una pluma y una hoja de papel, dice, me río del universo». Náda en las prebendas y los honores. Cabalga a la derecha de Carlos V. Julio III, pontífice, lo besa en la frente. Se ufana de ser «oráculo de la verdad y secretario del mundo». La gloria y la infamia, él las imparte. El seguro de la honra, la caución contra la maledicencia se pagan a precio de oro en las antecámaras del antiguo criado de Chigi, desde ahora protector de las letras y Mecenas del Renacimiento.

Déspota de la opinión prostituída, escribe en la portada de sus libros: «Pedro Aretino, hombre libre por la gracia de Dios». Vil difamador, a sí mismo se aclama *azote de los príncipes*. Es caballero de San Pedro y en poco estuvo que no fuera príncipe de la Iglesia. Si no lo fué, obtuvo de ella las más monstruosas apologías. Los predicadores lo ponen por encima de los santos padres, lo equiparan a los mayores discípulos de Cristo, lo llaman columna del templo, lámpara del santuario, hijo de Dios.

Traficando lo mismo con los apetitos más viles que con los sentimientos más bajos, ve a sus plantas a los escritores, a los poetas, a los genios. El Ticiano lo corteja. Ariosto lo apellida *divino*.

Sólo la austera castidad del genio evocador de profetas y sibilas, Miguel Angel, le niega obstinadamente un trozo de mármol en sus galerías, un esbozo, una cuartilla de papel consagrada por el contacto de su mano. Entonces, el crapuloso histrión, habitual explotador de la lascivia, la obscenidad y la devoción, refinado y sutil cantor de los sonetos *lujuriosos*, romancero especial de los burdeles, el escudero del emperador luterano, que se exhibe recorriendo en brillantes cabalgatas la desolada metrópoli del Catolicismo, acusa de impureza el severo buril del estatuario y la divina paleta del pintor; conmina al Obispo de Roma para que haga velar la augusta desnudez del *Juicio final* y amenaza con la inquisición al gran inspirado, por el crimen de luteranismo.

A un hombre tan corrompido como éste, le llamaríamos hoy el *camorrista*, el más perfecto *maitre chanteur*. Es de tal manera desmesurada su conciencia de la perversión con que ejerce el oficio de despedazar la honra ajena, que recibe conmovido y agradece presuntuoso la cadena de lenguas de oro con punta roja, simulando estar envenenadas, y este exergo *lingua ejus loquetur mendacium*, que le envía Francisco I. Es el creador del género *camorra*, *chantage*, *black-mail*. El miedo es el principal objeto de su explotación. La lengua de su siglo es galante, lisonjera; la suya despectiva e impudente. La calumnia escrita, en su tiempo, era peor que una puñalada. Cosa impresa, cosa cierta. Y él ponía precio a la calumnia, al silencio y al elogio.

Puede el Aretino renacer; pero el medio propicio a sus victorias no reaparecerá jamás. Cuando la palabra escrita era un claro en la floresta enmarañada, los malhechores de la pluma podían blan-

dir su cetro por encima de la sociedad inerme contra los tiros asestados en la oscuridad. Las heridas a la reputación del individuo eran entonces mortales; pero al aparecer el diario, la prensa limó las garras al bandolerismo intelectual. Puede que tengan aún algunos clientes «los profesionales del escándalo», como los habrá siempre de las más abyectas depravaciones de la sensualidad. Pero esta especie de mercancía sólo mancha las manos de quien la fabrica y el espíritu de quienes la consumen. La soberanía de los espada-chines de la literatura ha concluído. Los hombres de bien los señalan con el dedo, y temen más sus elogios que sus injurias. Su simpatía ofende; sus ultrajes enaltecen.

Para concebir la altura hasta donde pueden llegar esos ultrajes, es preciso traer a la memoria los que hicieron apurar al patriarca de Norte América. Tales fueron ellos, que Wáshington declaraba preferir la muerte a continuar en el Gobierno.

Acusado de defraudar el Tesoro; puesto al nivel de los más vulgares traficantes, imputándole haber radicado la capital donde actualmente se halla, para aumentar el valor de sus bienes particulares de las orillas del Potomac, el primero de los americanos soportó insultos tales, que sólo «un Nerón, un criminal notorio, un ladrón vulgar» hubiera merecido. Cuando terminó su segunda presidencia, los órganos de la oposición proclamaron esa fecha como «debiendo ser un jubileo para los Estados Unidos». «Jamás nación alguna ha sido más prostituída por un hombre que la Nación americana por Wáshington,» decía uno de ellos.

Desde entonces las oposiciones desbocadas y

las acusaciones gratuitas han sido siempre constantes en el cinismo y en la impotencia.

Todos los hombres útiles a su país están condenados a la prueba de la hiel y del vinagre. Sin embargo, sólo la medianía y la pequeñez de alma se dejan arrastrar a la represión. La experiencia constante está demostrando la ineficacia de la maledicencia contra los hombres de bien.

El *Calumniad! Calumniad!* tiene aún sus adeptos; pero su desprestigio es cada día mayor. La constante enseñanza del siglo confirma invariablemente la cordura de ese político de la revolución francesa que, en un discurso sobre la difamación de los empleados públicos, decía a los calumniados: «Dejadlos escribir contra vosotros lo que quieran. Tarde o temprano, vuestra victoria se erguirá sobre la calumnia. En cuanto a lo que a las personas concierne, la libertad de la prensa favorece a los hombres de bien, y es peligrosa sólo para los malvados.»

Tú, Aretino, no mereces que la libertad de la prensa se mutile por tu culpa, ni se apele a la justicia para atarte las manos. Crees manchar el nombre de tus víctimas y no haces en suma sino robar el dinero de los que te pagan. Para castigar tus crímenes, la policía, más que legión, es ejército; se llama multitud, se apellida publicidad. El fondo de tu conciencia, corroído por secreto vicio, no escapa a su penetración, como no escapan a la de la radiografía los cuerpos opacos. Cuando tú te crees bien oculto para maquinarte golpes y saquear y asesinar la honra ajena; cuando ciñes la aureola del talento y las vestiduras de la elocuencia para vender los productos de tu infamia, ya estás preso, desenmascarado, exhibido, reconocido, a pesar de tu disfraz, por tus posturas de

melodrama, por las pústulas de tu piel, por los estigmas de tu degeneración, por tu mísera desnudez. Bah! Ya no eres «el azote de los príncipes». Cuando mucho, la delicia de los esclavos. El veneno de tu procacidad, en nuestra época, es el más fútil de los anacronismos. La prensa no se mancha con que tú la pringues. Las instituciones libres no serán mutiladas porque tú existas. La probidad no está en peligro por que tú amenaces.

RUY BARBOSA

Traducción de Quintiliano.

---

## Anacronismo

Pocos países han tenido tan larga serie de estudios sobre ciencia política y materia constitucional como los de la América Latina. Como en las repúblicas italianas de la Edad Media, con las cuales tienen tanta semejanza, los observadores encuentran en ellas temas de fecundos estudios, productos de la verdad vivida. Un espíritu de libertad anima a los escritores todos, aun a los cesarianos, como una reacción compensadora de los desmanes de los hombres del poder, que llegan a la dictadura por mediocridad mental y por atonía moral. Cuando hablamos de la América Latina no nos referimos a las grandes repúblicas del Sur que han sabido alcanzar un régimen de libertad y de orden y que debieran ser magníficos ejemplos para los gobernantes de los demás países del mismo origen. Esas repúblicas se hallan ya en aquel grado de vida jurídica que impone al go-



bernante antes que al gobernado, el respeto a la ley; han pasado el Rubicón que conduce a la civilización, mediante un esfuerzo de voluntad colectiva, siempre ingente, rompiendo la dura tiranía que pesaba sobre ellas.

Por contradicción de la historia, que a menudo se deleita presentando a sus cultivadores las íntimas incoherencias de las sociedades humanas, en la América Latina el principio de libertad ha sido más poderoso que en país alguno. Las colonias se sublevaron contra la madre patria, no ya por cuestiones económicas, como en el Norte, sino por un principio de libertad política. Luego no se unieron en una sola nación, que fué la aspiración de sus mejores caudillos, por temor a una sumisión que limitara sus ambiciones de libertad. En fin, desconfiaron de las naciones poderosas por temor de que su libertad peligrara.

Y sin embargo, esas naciones que tienen la amplia visión de regímenes liberales, son tierras clásicas de tiranías, que surgen no obstante la tenaz resistencia de cuanto hay de mejor en su seno. Extraño fenómeno, digno del estudio de eruditos y hábiles sociólogos que indaguen sus causas y suministren a los hombres que, por patriotismo y por dignidad humana, desean su desaparición, la luz que necesitan para combatirlo.

La posibilidad de un tirano, que asesina a los ciudadanos, defrauda a sus propios socios en los negocios, se apropia bienes ajenos, viola el sufragio popular, desprecia la opinión pública, más sanguinario cuanto más temeroso, ininteligente, inculto, vicioso, apto solamente para la corrupción, adherido al poder por vanidad y por temor;

la posibilidad de un tirano semejante en pleno siglo XX parece, especialmente en tierra americana, apenas concebible por una mente enferma. En épocas lejanas, cuando la humanidad avanzaba a través de continuas crisis, y la idea del derecho no había alcanzado la forma arquitectónica actual, tal tirano se explicaba. Que las civilizaciones orientales admiraran al lujoso rey, mezcla de gobernante y sacerdote, era natural. Que Grecia y Roma, en algunos períodos, lo sufrieran, que la Edad Media tuviese un Ezzelino da Romano, un Galeazzo Sforza y un Borgia, se explica. Nada daba entonces a los pueblos los derechos ahora adquiridos. El grado de cultura era inferior. Generalmente el tirano aparecía en colectividades agrícolas con poblaciones esparcidas en amplio territorio, sin vínculos, sin ideales, sin finalidad alguna. posible presa de un invasor sin piedad, defendidas solamente por aquel que las tiranizaba. Entonces por lo menos la esclavitud política era consecuencia de hechos lógicos aunque injustos. Además, el mundo político que vivía fuera de estas desgraciadas tiranías, era víctima a la vez de poderes absolutos, estaba sumido en profundo marasmo el espíritu vivificador del bien ajeno; la emulación por una organización pública basada en la justicia, en el derecho, no podía existir.

La tiranía en la América Latina es en cambio un contrasentido, un anacronismo, una inconcebible reacción histórica.

El tirano se pronuncia en primer término como usurpador. El deseo de mando, de prolongación en el poder, lo lanza a la violencia; luego el crimen sobreviene; sigue el miedo. Dejar el poder constituye un peligro mortal, pues las infamias

perpetradas suponen un castigo que sólo puede prevenir la posesión de la fuerza.

Esta última consecuencia es de una gravedad extrema; ella impide que el remedio se halle en el mismo mal, como acontece con muchos desórdenes sociales. Las dictaduras no se restuelven por sí mismas. La libertad cura sus males; en cambio la tiranía aumenta a diario los suyos. El dictador busca siempre un expediente para no abandonar el poder; a veces lo encuentra en el consejo de los pedantes que lo rodean, modificando las leyes, alterando las constituciones, creando cargos; otras veces, las menos, acudiendo al acto descarnado, violentamente sincero, de quedarse en el poder; en todos los casos decidido a no ceder una situación que está íntimamente ligada a la propia existencia. La historia enseña que nunca ha abandonado el tirano el puesto usurpado, sino por el puñal del asesino o una dolorosa revolución, no ciertamente remedios definitivos del mal.

Parece, sin embargo, que un nuevo espíritu se hará sentir. El mundo no puede permitir que en la América quede una organización social que solamente sociedades semisalvajes pueden sopor-tar. En las grandes repúblicas del Sur se comprende que es preciso ayudar a la redención de todo este continente, porque, aparte la ética política, lo impone la solidaridad moral de la razón y la situación geográfica. Los Estados Unidos, a su vez, comprenden que sería triste papel mirar impasibles las tiranías que sufren sus vecinos, en el mismo momento en que tanta grandeza adquieren en Europa; sus hombres de gobierno saben que si ellos han excluído la posibilidad de revoluciones, por la intensidad de la vida social moderna, del comercio, del capitalismo extranjero, de

aquella red de relaciones que va haciendo desaparecer un verdadero y propio derecho interno, han a la vez asumido una obligación moral de justicia distributiva, porque no es posible que al quitarse a los pueblos la única arma de defensa, no se reemplace ésta con otra que inspire aquel cuidado y aquella dignidad que las causas justas reclaman siempre de los hombres de elegido ingenio y de alto concepto del honor.

Los gobiernos retardatarios en materia de libertades públicas no podrían resistir a una acción moral combinada del Norte y del Sur de este gran continente, consagrado por derecho histórico a una amplia vida pública. La América perdería la última, la sola nota triste que significa deshonor para todos. Desaparecería el tirano de cara lívida, ininteligente, inculto, soberbio y violento, rodeado de pretorianos, temeroso en sus noches de insomnio, vil y grotesco; desaparecería del mundo este resto de la Edad Media, que como ironía del acaso se ha conservado precisamente en la América que no conoció directamente aquella era de dolorosos martirios populares.

ORESTES FERRARA

(De *La Reforma Social*).

---

## Juventud enferma

UTILITARISMO.—Háse ya mencionado el erróneo concepto de lo práctico, que aquí se estila como mácula de la juventud, y conviene insistir sobre el particular.

Claro es que las naciones y los individuos no prosperan si no aúnan a la concepción real de la existencia, con sus exigencias y luchas, dolores y alegrías, la acción eficiente y sostenida de la voluntad, que modifique la naturaleza, cree recursos para el porvenir y mejore cada día las condiciones materiales del hombre para formar un núcleo social de verdadera civilización, donde toda actividad tenga su asiento y el trabajo sea deidad favorecida, y donde el nivel moral alcance las mayores alturas.

Labor semejante requiere una sólida preparación técnica, el culto de los detalles, desarrollo de las facultades de observación, y por sobre todo un pensamiento dominador, capaz de encauzar las fuerzas dispersas para hacerlas converger a un fin único, cuyo objeto ha de ser siempre el engrandecimiento de la vida. No excluye, como se comprende, una gasa de idealismo esparcida en el conjunto, que dé grata expresión a los detalles rudos y amortigüe en parte el estrépito de la lucha cotidiana, como tampoco la cultura, cuya presencia le servirá de poderosa ayuda al refinar cualidades que harán más productiva la labor, dignificándola y embelleciéndola.

Desgraciadamente ese concepto importado de la América del Norte, sin abarcarlo en todo su significado, ha venido a convertirse en nuestra patria en rémora para el progreso, dando al mismo tiempo una modalidad odiosa a la psicología nacional. Se ha confundido con el más grosero empirismo, con baja lamentable en la pulcritud interior, con amor sórdido al oro, con plebeyez mestiza de sentimientos. Hombre práctico es el que engaña sin caer en las redes de la ley; el que se acoge a las corrientes favorables aunque sacri-

fique la conciencia; el que explota al pueblo robándole el producto de su trabajo o pagándole salarios irrisorios; el que pone su existencia al servicio de los amontonamientos de dinero, sin otro fin que contemplar el crecimiento del montón; el que se da el lujo de desdeñar las bellas cosas del espíritu, porque no se traducen en valores cotizables; el que miente, se arrastra y se envilece ante la proximidad de la ganancia; hombres prácticos son todos esos jóvenes médicos, abogados, ingenieros, que se ven por allí, en las antecámaras de los pudientes, con la melancolía canina en las pupilas, mendigando un destino, sometándose a vejaciones de toda clase y encogiéndose el elástico carácter hasta la deformación por el halago de la piltrafa.

Un día, ante los males de la patria, pensaron nuestros «grandes dirigentes y sociólogos,» suggestionados por lecturas incompletas y observaciones deficientes hechas allende el mar, que nuestro atraso, falta de seriedad y turbulencia, eran debidos al tributo que a la cultura y al arte rendían en silencio y en cenáculos aislados, algunos espíritus de selección, verdaderos representantes de la raza; y entonces, sin más análisis, se dieron a predicar la nueva religión del «practicismo» con toda la acritud de los neófitos. Practicismo era oro como fin y como medio; la filosofía, la literatura y la belleza no lo producían, luego no tenían razón de existencia; los valores morales no daban ningún rendimiento, luego podíamos pasarnos sin ellos. Y así, lógicamente, se llegó al reinado del hombre práctico, entendido según peculiarísima manera. Y práctico vino a ser sinónimo de burdo, de indelicado, de empírico, casi amoral.

Nadie que piense en el presente y en el porve-

nir de Colombia, puede negar que ante todo y sobre todo necesita técnicos que exploten sus riquezas y resuelvan los grandes problemas de que está rodeada. Técnicos en agricultura, en comercio, en industrias, en política, en economía. Pero esos hombres para que cumplan su cometido, deben ser lo suficientemente educados, deben tener un sustento moral tan sólido y elevado que contagie por completo el alma colectiva. Con la ganancia como única meta de las acciones humanas, ni se engrandece un pueblo ni se hace rico. El apego desmedido al dinero seca el corazón, encastillando al hombre en su propio egoísmo y haciéndolo infecundo para todo trabajo social y para la alta visión que requiere la prosperidad de las empresas.

El practicismo como aquí se ha entendido, es una especie de idealismo al revés. Se han suprimido las gallardías y ampulósidades de la raza, que no obstante lo desmedido, tenían sello de gracia, para suplantadas por un afán de sórdido lucro en el cual no entra para nada la preparación científica. Al verbalismo retórico que a pesar de todo delataba cierto empeño de lírica selección y que tan castigado ha sido por los críticos de la «práctica,» ha sucedido un verbalismo pseudo-científico, que no ha trascendido a los hechos. Y así, estamos hoy tan gárrulos como ayer, con el aditamento de que antes teníamos flujo de palabras sonoras y hermosas, con las cuales pintábamos desinteresados estados del alma, que poco perjudicaban, y ahora charlamos lo mismo, empuñando las cuestiones y sugestionándonos con el enlabio de que marchamos por caminos de validez. En lo que sí hemos ganado, hay que confesarlo, es en la profusión de destinos públicos

con que se ha gravado la Nación para colocar toda esa cáfila de hombres prácticos que a diario salen de los establecimientos de segunda enseñanza. La ética, la virilidad y los recursos del país no quedan bien parados, mas poco importa, porque son asuntos secundarios. Ante todo está el éxito individual de sanchos y pantagruels.

ALFONSO CASTRO

(De *El Espectador* de Medellín).

---

## Errores pedagógicos

Cuando se agitan inusitadamente las grandes masas de agua, pierden su limpidez, porque en su seno se revuelven todas las materias, aun aquellas que hubieran podido parecer definitivamente depositadas. Lo mismo pasa cuando un movimiento innovador desplaza y remueve las ideas: éstas se entrechocan y confunden, todo se enturbia, y es difícil prever bajo qué plan se delineará la decantación, cuando la clarificación empiece a operarse de nuevo. ¡Difícil, sobre todo, cuando el observador va arrastrado en la corriente!

Un movimiento de esta clase ha desplazado y revuelto, en estos últimos años, las ideas pedagógicas; y creo que ya es tiempo de empezar a estudiar, y si es preciso, a facilitar la decantación. El lector ha comprendido que me refiero a esa tendencia a simplificar los estudios, a disminuir los programas, a suprimir los libros; a hacerlo



todo «práctico»; tendencia orientada, en su movimiento general, por una especie de vaga prevención (vaga no siempre), contra la reflexión y la cultura intelectual.

En este movimiento de ideas, interfieren verdades y errores.

Lo verdadero y lo bueno de él está en la aspiración a dar a la práctica y a la acción todo el papel educativo que debe dársele; en el encarecimiento de la experiencia, como medio soberano de sugestión y comprobación; en la condenación de la erudición pura y del procedimiento que consiste en «transvasar» de los textos a los cerebros.

En cuanto a los errores, confusiones o exageraciones que hay que separar, aislar o atenuar, son múltiples, y este análisis requeriría un largo estudio. Creo sin embargo, que los principales son los siguientes:

1ª—Partir, subconscientemente, del principio de que la observación y la experimentación, por una parte, y la reflexión, por la otra, son modos de actividad que se excluyen, en vez de concebir-las como cosas que se complementan y que se compenetran. De aquí resulta un concepto de la observación y la experimentación demasiado sensualista.

2ª—Postular erróneamente que las ciencias y las artes, consideradas como asignaturas de enseñanza, comprenden dos partes: una teórica y otra práctica; de donde ha resultado que para poder aumentar el papel de la parte práctica (lo que es bueno), se reclame la disminución de la parte teórica (lo que es malo o, más bien, funesto). En realidad, y consideradas desde este punto de vista pedagógico, las asignaturas de en-

señanza no tienen dos sino tres partes, que son las siguientes: parte teórica, parte práctica y parte de registro (o de pura erudición).

Es posible, pues, y esta es la solución justa, aumentar y perfeccionar la enseñanza práctica y aumentar y perfeccionar al mismo tiempo la enseñanza «teórica» (en el sentido de especulativa y filosófica) cortando prudentemente en la parte de registro y, por consiguiente, sin aumentar el total de conocimientos a transmitir (y aun disminuyéndolo).

3º—Confundir los efectos del estudio propiamente dicho, con los de la preparación para exámenes. De ahí la manía de *reducir la enseñanza*, cuando lo que hay que reducir son los programas para examen, lo que es muy distinto (o debiera serlo, aun en la hipótesis de conservarse esa discutida institución). De ahí también el terror, la *fobia* por el fantasma pedagógico del *surmenage*. Cuando existe, es un producto de la *preparación*, y no del *estudio* propiamente dicho.

Pero faltan la exageración más grande y la confusión más grande.

4º—La exageración más grande es el *anti-intelectualismo*, que ha sustituido al «intelectualismo», sin que la acción ponderadora de los pensadores serios (y aun algunos de ellos, ¿no habrán sido arrastrados?) bastara para moderar la demasiado violenta oscilación. Y suministran ellos mismos el más patente argumento contra su propia tesis, esos espíritus unilaterales cuya cultura estrecha los condena a seguir con la rigidez impulsiva, *outranciére* y monoideísta del hipnotizado, el pensamiento que en un momento dado los obsede. Sin duda, esta pobre humanidad no se curará nunca de la enfermedad del ritmo. Pero aunque

nuestros descendientes lo tengan muy presente, creo que quedará en la historia del pensamiento como una curiosidad, el recuerdo de «aquella época» en que se desarrolló una especie de rabia de suprimir conocimientos, de acortar, de mutilar, de rebajar la instrucción; y esto, no en los desheredados de la cultura, sino en los que a ella debían sus mayores éxitos, sus mejores y más nobles placeres y la misma autoridad en nombre de la cual pontificaban.

59—Y la confusión más grande ha sido la de tomar la parte por el todo, y aplicar al *libro* en general lo que sólo es verdad, en gran parte, de los textos. La violenta reacción a que me refiero, y ese adjetivo «*libresco*» que ha adquirido en nuestros tiempos su máxima intensidad despectiva, engloban en una condenación groseramente injusta las formas inferiores y las formas superiores del libro. Y de aquí ha salido el error más peligroso de todos. En efecto: la verdadera cuestión no se plantea entre lo *libresco* y lo objetivo, sino entre lo inferior y lo superior; entre lo pueril y lo elevado. La reforma, si se me permite expresarme así, no debe ser de un lado a otro, sino de abajo a arriba; no del libro a la experiencia, sino de las formas inferiores de la experiencia y del libro, a las formas superiores de la experiencia y del libro.

CARLOS VAZ FERREIRA

(De la «página para los maestros» del *Diario de Costa Rica*).

## En paz

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,  
porque nunca me diste ni esperanza fallida  
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

Porque veo al final de mi rudo camino  
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;  
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,  
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:  
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno,  
mas, tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé, sin duda, largas las noches de mis penas:  
mas, no me prometiste tú sólo noches buenas,  
y, en cambio, tuve algunas, santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz,  
Vida, nada me debes! Vida, estamos en paz!

AMADO NERVO

---

## Notas y respuestas

En higiene, uno de los más importantes estudios de los últimos años, ha sido el de los simples *portadores* de gérmenes. Se da este nombre a los individuos que propagan una infección de que no padecen en el momento de la propagación, sea que estén ya curados, sea que el mal no encontrara en ellos terreno propicio. Estando alentados, llevan no obstante, los portadores, en la boca o en la garganta o en el intestino o en el

aparato urinal, etc., los gérmenes de una difteria, de una meningitis, de una tifoidea, etc., que, sin sospecharlo, diseminan de diversas maneras, cuando escupen, cuando orinan, etc.

Sería tiempo de emprender en sociología, el estudio no menos importante de los *portadores* de daños de otro género.

Puede uno ser bueno aparentemente y sembrar sin embargo, el mal en rededor. No hay, pues, que exagerar el valor de la máxima corriente de que *ante todo, dar ejemplo*. Más justo sería decir, como en el laboratorio: *ante todo, la prueba*, o la «reacción». El ejemplo es mucho, pero no tanto como se cree. Sin ser bebedor, puedo difundir el alcoholismo, cerebralmente y sexualmente. Sin ser ladrón, puedo inconscientemente ser propagandista del robo; etc. Hay gente que deja un reguero de males por donde pasa, sin dar ejemplo de ninguno de ellos.

¡Hay sanos hartos peligrosos!

No hablemos de venganzas. Sería rebajarnos. Nada se gana con sumar una mala acción a otra mala acción.

Ni hablemos de responsabilidades ante Dios. Sería estirarnos demasiado. Hablemos de responsabilidades aquí abajo. Pues bien, ante los hombres, lo mismo da, o debiera dar, ser declarado criminal que loco peligroso: los grilletos y la camisa de fuerza representan igual cosa: la defensa social.

Digo esto a propósito de la nota de Quintiliano al pie de las páginas de Alfieri reproducidas en el cuaderno anterior, nota que copio nuevamente por haber salido errada. Se trata de la teoría según la cual Rosas y el Dr. Francia, fueron dos

locos merecedores de reclusión de por vida en un manicomio, y exclama mi ilustrado colaborador:

«Esta teoría nos parece ser la misma que ha pretendido convertir a todos los criminales en enfermos inconscientes de sus actos. ¡Qué más se quisieran los tiranos que saberse irresponsables ante la venganza de los oprimidos, los tribunales de justicia, los fallos de la Historia y el juicio de Dios!».

---

*Nemo propheta in patria.*—A lo sumo, podría repetirse hablando de hombres verdaderamente excepcionales. Generalmente, sucede lo opuesto:

La mayor parte de los profetas, solamente lo son en sus patrias.

---

He sostenido en *Eos* que un sistema de *enseñanza general* debe, por definición misma, cuidarse poco de los estudios llamados de *psicología diferencial*. Pienso yo—voy a expresarme en otra forma—que en materia de enseñanza cabe hacer esta división básica: enseñanza individual (en cuyo campo es indispensable el estudio de la psicología diferencial) y enseñanza general—*instituída para el hombre*, haciendo caso omiso de la diferencia de sexo y de toda otra diferencia, a igualdad de sexo.—La enseñanza general no basta; pero es la única de que puede tratarse cuando se habla de la organización docente *de todas las escuelas públicas* de una nación o de una sociedad de naciones.

Si en términos generales digo de un texto de aritmética nocional, que es magnífico, deseo decir que es utilizable para la instrucción de la gran mayoría de los niños y niñas normales de Costa Rica y de cualquier otro lugar del mundo que

tenga una civilización semejante a la de este país.

Pues bien, me entero ahora con gran atraso de la réplica que me hace un alemán. Traduzco del francés libremente:

«La enseñanza general de usted y, a fortiori, la educación general de que hablan otros, es imposible. Donde ustedes escriben: *Escuela pública*, yo leo: *Berenjena...*» «No discutamos sobre la palabra *alma*, que usted y yo y el que pasa por la calle entendemos bastante bien, y convengamos en que el alma tiene sexo. No es el hombre superior o inferior a la mujer: es diferente. ¡Pero cuán diferente! Muéstreme usted una gran ópera y yo le afirmaré de golpe: *el autor es macho, aunque use enaguas*. Las aptitudes para las altas matemáticas, para la composición musical (la música es «matemática subconsciente») y para la filosofía de la historia, son características del género masculino.»

Y después de recordar algunos nombres de mujer que parecen infirmar su opinión, se pregunta: *Sont elles femmes?* (Sic.)

Finalmente, condensa mi crítico su modo de ver, en la siguiente afirmación, muy digna de serio atendimiento: «LA ENSEÑANZA QUE INTENSIFIQUE LAS DIFERENCIAS SEXUALES Y TODA OTRA CLASE DE DIFERENCIAS, ES LA MEJOR.»

¡Muy bien!—digo yo—si se cambia la palabra «enseñanza» por la palabra *educación*: la mejor educación es la que intensifica las diferencias individuales. Pero—aun hecho el cambio y aceptada la afirmación—no podría ésta ser aducida como argumento contra la coeducación: habría de probarse antes que la coeducación no exalta las diferencias orgánicas. Por lo que concierne al sexo, soy de los que piensan que la coeduca-

ción hace a los machos más machos y a las hembras más hembras. Digo esto de paso y como quien se sale del terreno que tiene estudiado.

Mi campo es el de la INSTRUCCIÓN.

Ahora bien, la instrucción edifica en cada uno tomándolo como es, sin preocuparse del problema de la diferenciación: Vacía en cada vaso o molde un mismo fluido: cada uno coge según sus capacidades: no se borran las diferencias, pero se acercan los hombres: en la verdad y por la verdad todos nos unimos. Y el mosaico o armonía resulta tanto mejor cuanto más fuerte sea el lazo de la verdad y cuanto más marcada sea la diversidad individual.

La escuela pública que yo pido, la que ante todo instruye, es muy distinta de la casa paterna y de los institutos que quieren ser prolongación de la casa paterna. En mi escuela, sin dormitorios, abierta por todos lados al aire, a la luz y a las verdades indiscutibles, se aprende ante todo a dar a las palabras un sentido propio y a manejar los signos matemáticos. En ella caben los niños y los jóvenes con todas sus diferencias de raza, sexo, edad, estatura, etc., sin que se admita otro criterio de separación o clasificación que el grado de saber de cada uno.

Si el problema de la coeducación sigue siendo objeto de agrias polémicas, el de la co-instrucción casi nadie lo discute.

---

Es quizá conveniente volver a decir algo de la intención con que hago la mejor parte de mis reproducciones.

A mí me importan muy poco los autores. Voy tras la idea. Las más de las veces, podría asegurar que hago artículos con palabras ajenas. Mi



manera de reproducir, con tijeras en las manos, cortando a mi antojo, es desastrosa para los autores: nunca quedan ellos como son. Y—debo decirlo en voz alta—hasta hoy no he merecido ni una palabra amable de ninguno de los escritores cuyos trabajos he compendiado procurando eliminar lo que me ha parecido oscuro o contradictorio o sin interés.

Hecha esta aclaración, en honor de los autores, ya sabrá el lector a qué atenerse.

---

Respondiendo a una encuesta de *Nosotros*, dice don José M<sup>o</sup> Salaverría:

«El interés por América me hizo realizar tres viajes en redondo a ese continente. Mi curiosidad y mi afecto me detuvieron tres años al borde del Plata. Y como español, en fin, me interesa la cultura de ese mundo, pues mi patriotismo se aleja cada vez más de la roñosería lo alista, hasta entender por patria todo el espacio universal donde se hable con nobleza y sindéresis el idioma español.»

—¡Bravo!

Más adelante, agrega: «El conjunto de esa literatura (la americana) es demasiado caótico y dispar, para que podamos atribuirle un ritmo, un tono, una intención de cualquiera clase. Sobre todo entre los intelectuales modernos hay muchos que ni expresan al nuevo continente, ni son íntimamente americanos. El nacimiento no da siempre opción a una verdadera ciudadanía. Se ven por esos países muchas personas que tienen algo como el alma de un *maitre d'hotel*; carecen de *accento*, tanto en el hablar como en el pensar.»

—¿Y decir esto no es roñosería localista?

Es una cualidad preciosa—nunca un defecto-

esta falta de *acento* de muchos de los literatos latinoamericanos. Quien escribe no solamente para la patria chica, sino para un *espacio universal*, debe procurar universalizarse «tanto en el hablar como en el pensar,» cosas ambas que son inseparables la una de la otra y que son muy compatibles con la posesión de un estilo propio. De lo cual da ejemplo el eximio académico colombiano Miguel Antonio Caro.

---

...Si las señoras están con Ud. *en filosofía*, probablemente no es Ud. gran filósofo, según el alemán antes citado.

Si la materia no existe realmente; si no existe substratum objetivo de los *fenómenos* que estudia el físico — *aspectos*, no ilusiones—; si los electrones constituyentes de los átomos no son realmente materiales; si puede concebirse el movimiento sin necesidad de concebir *un soporte* del movimiento; si lo único que existe es algo que no es materia, ....diga Ud. que habla en prosa sin darse cuenta de ello: es Ud. un materialista acabado. Monismo y materialismo son dos palabras que suenan casi iguales para quien tiene oídos de filósofo.

Fuera del dualismo, no es posible ningún espiritualismo con pies y cabeza.

---

Hablemos sin rodeos: ¿Qué es el panteísmo? No es como se dice: un ateísmo disfrazado. Es un ateísmo declarado.

V. COUSIN

(*Pensées de Pascal*).

E. J. R.

# LIBRERIA TORMO

Avenida Central, frente al Banco Mercantil

APARTADO 439 SAN JOSE, C. R. TELEFONO 664

## OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

|  |        |
|--|--------|
| De Historia y Arte (Estudios críticos) por Rafael Altamira, pasta .....                        | ¢ 4-50 |
| J. B. Alberdi, Grandes y Pequeños Hombres del Plata, rústica ¢ 3-00, pasta....                 | 4-00   |
| Adolfo Bonilla y San Martín, Historia de la Filosofía Española, pasta .....                    | 5-50   |
| Dr. Gustavo Le Bon, Psicología de la Educación, pasta.....                                     | 4-00   |
| G. Cimbali, La ciudad Terrenal, rústica..  | 3-00   |
| Emilio Castelar, La Rusia Contemporánea, pasta.....  | 4-00   |
| Léo Claretie, El segundón, pasta.....  | 4-00   |
| Fedor Dostoyuski, El espíritu subterráneo, pasta.....  | 4-00   |
| Marcel Dhanys, Recuerdos de una Educanda de Saint-Cyr, pasta.....                              | 4-00   |
| P. Dorado, Los Peritos Médicos y La Justicia Criminal, pasta.....                              | 4-50   |
| Camille Flammarion, Memorias biográficas y filosóficas de un astrónomo, pasta                  | 4-00   |
| Camille Flammarion, La Atmósfera, pasta  | 10-00  |
| José Coll y Vehí, Compendio de Retórica y Poética, pasta.....                                  | 3-50   |
| Dr. D. Juan Giné y Partagás, Curso elemental de Higiene Privada y Pública, 3 tomos, pasta..... | 10-00  |
| A. S. Goldenweiser, El crimen como pena, La pena como crimen, rústica....                      | 0-75   |
| H. Giner de los Ríos, Artes industriales, pasta.....   | 4-00   |
| H. Höffding, Filosofía de la Religión, pasta.....  | 5-50   |
| H. Höffding, Filósofos Contemporáneos, pasta.....  | 6-50   |
| Eugenio M. de Hostos, Lecciones de Derecho Constitucional, pasta .....                         | 10-00  |

|   |        |
|---|--------|
| Benjamín Kidd, La Civilización Occidental, pasta.....   | € 6-00 |
| J. Lynch, Viaje al Clondic, pasta.....  | 4-50   |
| J. L. de Lanessan, El Transformismo, pasta.....   | 7-00   |
| J. Luys, El cerebro y sus funciones, pasta.....   | 7-00   |
| Emilio Vandervelde y Juan Massart, Los Parásitos de la Sociedad (estudio comparativo sobre los parásitos de la Sociedad y los de la Naturaleza), pasta..... | 3-50   |
| Miguel Moraita, Las Constituyentes de la República Española, pasta € 5-00, rúst.  | 3-00   |
| Georges Michelet, La Religión como hecho social, pasta.....   | 6-00   |
| Abate Maurice de Beats, Las bases de la Moral y del Derecho, pasta.....   | 7-00   |
| D. Mercier, La filosofía en el Siglo XIX, pasta.....  | 4-00   |
| Federico Nietzsche, La Genealogía de la Moral, pasta.....   | 3-50   |
| G. Núñez de Arce, Obras dramáticas, pasta.....  | 7-00   |
| P. Zacarías Martínez Núñez, Estudios Biológicos, 1ª Serie, Ciencia y Filosofía, pasta.....  | 5-00   |
| Idem. 2ª Serie, La Herencia, Hipótesis acerca del sueño, Optimismo científico, pasta.....   | 5-00   |
| Idem. 3ª Serie, La Finalidad en Ciencia, pasta.....   | 5-00   |
| P. J. Proudhon, De la creación del orden en la humanidad, pasta.....  | 5-00   |
| Charles Richet, El pasado de la guerra y el porvenir de la paz, pasta.....  | 4-00   |
| Th. Ribot, La herencia Psicológica, pasta.....  | 7-00   |
| Antonio Renda, El destino de las dinastías, pasta.....  | 4-50   |
| Jaime Roldós y Pons, Disquisiciones Pedagógicas, pasta.....   | 5-00   |
| David F. Schlosa, Sistemas de remuneración industrial, pasta.....   | 6-00   |
| Arturo Schopenhauer, El fundamento de la moral, pasta.....  | 3-50   |